



GAYITO

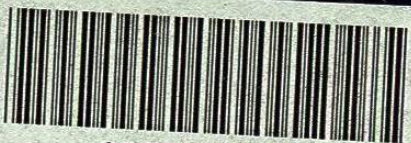
RIMAS

PQ7297

.G5

R5

R. C.



1020028243



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



Est. en la calle de la Columna No. 4

Francisco Gavito

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

RIMAS



DON FRANCISCO GAVITO.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



MEJICO.

IMPRENTA DE LA HESPERIA.

1843.

099038

32020

M 861
G

PA 7297

65

R. 5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



Señor don Ramon Ruiz de Eguilaz.

Santander.

No: ni aunque de intento hubiera yo buscado un presente mas pobre que dirigir á usted desde la distancia de dos mil leguas, ninguno habria encontrado de tan escaso mérito como el de esta coleccion de rimas que ahora le dedico. No ignoro, sin embargo, y esto me satisface, que la fina amistad con que usted me honra las apreciará en mucho mas de lo que valen. Vayan por lo tanto á usted, y háganle compañía, ínterin vuelve á abrazarle cariñosamente su amigo invariable y afectuoso.

El autor.

Méjico, setiembre 1.º de 1843.

ADVERTENCIA.

*„Exul eram; requiesque mihi non fama petita est;
Mens intenta suis ne foret usque malis.”*

HASE repetido hasta la saciedad que cuando una obra se imprime, pertenece por este solo hecho al dominio público, que „siempre imparcial, siempre justo, y no pocas veces indulgente,” la critica ó la celebra, condenándola al olvido ó haciéndola de moda, y estampando en ella con su voto favorable el sello de „inmortal,” y aun de „sublime.” Este derecho que tienen todos los lectores, ora comprenden el libro, ora le pidan prestado para leerle, ha autorizado sin duda la costumbre de „analizar públicamente” las producciones del talento, en artículos breves ó difusos, que con el doble epígrafe de JUICIO CRÍTICO, ocupan su lugar en los periódicos, y que si algunas veces los dictan la inteligencia y el buen gusto, son comunmente partos de la ignorancia y osadía de los amigos ó enemigos del autor, objeto de sus descompasados elogios, ó blanco del encono y la perfidia. Los primeros le causan, no obstante, mas daño, que perjuicio los segundos; porque hay encomios que ofenden y sonrojan, como hay críticas que realzan el mérito del mismo contra quien torpemente se fulminan.

No he podido comprender aún cuál sea la utilidad que esos JUICIOS reportan á una juventud ansiosa de figurar entre el crecido número de escritores coetáneos, ya que conseguir no puedan oscurecer la gloria de los antiguos, cuyos nombres respetan y ensalzan en silencio, si bien por „clásicos” afectan despreciarles, hablando en público de sus obras maestras con tanta imbecilidad como insolencia. En efecto, si un libro es bueno, todas las críticas del mundo no le harán ser malo; y si malo, tampoco le harán bueno cuantos elogios le prodiguen ni aun los escritores de mas crédito. Agréguese á esta verdad la de que solo la esperiencia obligará á arrojar la pluma, tristemente desengañados, á los que nunca lograrán conquistarse el título de sabios escritores, y convendremos en que esos „juicios” son del todo inútiles: cuando adversos, porque únicamente se conseguirá con ellos, sin que los autores criticados se enmienden, que los periódicos se ocupen de polémicas apasionadas y viciosas que hasta vergonzoso es mencionarlas: cuando favorables, . . . ¿quién resiste, quién pone coto á la presuncion, á la osadia de los „confeccionistas” de las obras celebradas? . . . Y ademas los creo inútiles para los inteligentes y para los ignorantes: para los primeros, porque no necesitan de su auxilio para formar juicio de las obras de que ellos traten; y para los segundos, porque, no entendiéndolos, sacarán de su lectura el mismo fruto que el pueblo bajo de un escelente discurso que oyera pronunciar sin comprenderlo.

Para las almas mezquinas, insensibles, positivistas y avaras, el poeta es un ente despreciable, un perdido, un ser abandonado de Dios y de los hombres, que como planta exótica y nociva debiera, segun el sentir de ellos, proscribirse con ignominia de la sociedad que. . . *jenerosa le mantiene*. Pero el poeta sufre, rie, paga con noble indiferencia la indiferencia innoble de sus detractores: pero el poeta, que les compadece, porque no puede odiarles, se venga, diciendo con orgullo al legar á sus conciudadanos, y acaso á la posteridad, un libro de composiciones diversas, creadas espontáneamente, henchidas de entusiasmo, de ideas nobles, de sentimientos profundos, de uncion, de

tedio, de dulzura, y si se quiere de ilusiones:—Ahí teneis. Mientras que el calavera, el jugador, el gastrónomo, el pisaverde, el militar, el usurero, . . . se han ocupado á la vez ó alternativa-mente, en promover pependencias, en perder lo suyo y lo de otros, en gozar y en embriagarse, en rizarse el pelo y echar piropos á las bellas, en estudiar el modo de inmolar con menos riesgo á sus semejantes, y en ocultar bajo de cien llaves un caudal mal adquirido; . . . yo en mis ratos de ocio, he escrito esos versos, sí; esos versos que quizá me darán fama, gloria, . . . un renombre inmortal; en tanto que vosotros, profanos, maldicientes, bajareis al sepulcro oscurecidos, donde quedareis olvidados desde el momento que un amigo, ó una alma piadosa os diga: „blanda os sea,” al echaros encima un puñado de tierra.

Así esclama al publicar sus obras el verdadero poeta, cuyo nombre vivirá despues que él haya muerto; y dirán siempre mas en su pró un laurel, una pluma y una lira cinceladas en su losa, que cuantos trofeos é inscripciones puedan inventar la petulancia y el orgullo de los poderosos.

La causa de esa antipatia, de esa injusta prevencion con que se mira á los poetas ¿cuál es? ¿de dónde dimana? . . . Más que á su proverbial pobreza, más que á la opinion en que se les tiene de „holgazanes” y á que su carrera es la del hospital, débese á esa turba multa que por desgracia la ha justificado; á ese enjambre de rimadores de pacotilla, que sin estudios, sin facultades intelectuales, y á pinte pez ó pinte rana, han plagado el „orbe literario” con esa infinidad de coplas depravadas, que han sido y son todavia en España, como si dijéramos, el patrimonio de los ciegos, que por las calles las venden á dos cuartos. Ponga usted, si no la mejor de las producciones del mejor de nuestros poetas en manos de esos aristarcos, de esos prosistas para quienes la poesía es una cosa miserable; dígales usted que la lean, y contestarán con fria indiferencia:—„Sí; está buena; pero al fin. . . ¿son versos!”—Distinta era la opinion de varios escritores célebres que mas de una vez han dicho que los poetas son los que en todos tiempos han hecho mas bienes á la humanidad; y la del ilustre señor Jovellanos, que aseguraba, palabra

mas ó menos, escribiendo á un amigo suyo, que al constante estudio de los buenos poetas, debia la elegancia y hermosura de su estilo, y ese tacto y fino gusto que tanto resaltan en sus obras. Pero ¿qué vale lo que acerca del particular han dicho esos autores célebres, ni la franca manifestacion del inmortal Jovino? Nada.—„¿Versos? ¡Puf!”—Callad, no blasfemeis, entes profanos.

Así, pues, el que en esta época de exclusivismo y refinada intolerancia se resigna á dar á la prensa una de esas colecciones de poesías, á que metafísicos y prosadores llaman fútiles y perniciosos entretenimientos, tal vez porque nunca han podido vencer la dificultad de componerlas; es porque tiene ó debe tener la conviccion de que siempre correrán impresas mejor suerte, que condenadas á la oscuridad en un rincon de su pupitre. Porque ¿qué puede importar á su autor la desaprobacion de cien inexorables zoilos, si entre ellos hay cincuenta inteligentes que las lean y las encomien? ¿Qué son, qué valen las mas enconadas filípicas cuando para sofocarlas se eleva una voz amiga, imparcial y de consuelo, que, animando al poeta, le dice:—marcha impávido por esa senda de la que no debes ya retroceder; senda escabrosa á la verdad, pero que conduce á la gloria; á esa gloria mas eterna, mas pura y envidiable que la que esos, á quienes sin duda por escarnio llaman héroes, consignan á la historia con su nombre cercado de orfandad, y sangre, y luto, y de incendios, y de crímenes. . . . Marcha impávido, sí; que á esas críticas pasajeras, que no bien nacen se olvidan, han sobrevivido siempre las producciones del genio; y el genio, el buen poeta, libre ya de los envenenados tiros de la envidia ó del encono, se ha elevado entre víctores á ocupar el digno asiento que le estaba destinado; á la manera que el bajel, pasada la tempestad, prosigue majestuoso su derrota, hendiendo las olas, que aplacadas, dóciles ceden á su irresistible empuje.

Mas ¿qué diré de mí, que en vano he aspirado siempre á merecer tan honroso título? Lo que dijo Ovidio, y yo traduzco con la libertad que cumple á mi propósito:—„*Exul eram; requiesque mihi non fama petita est; mens intenta suis ne foret*

usque malis.” Aislado entre los hombres, he escrito, no para adquirir fama que no ambiciono; sí con el objeto de disipar la murria que con frecuencia me acomete.”—

Así es que casi sin pensarlo, á la vuelta de dos lustros, y cuando la adversa fortuna, cansada acaso de mal llevarme desde el uno al otro extremo de la hermosa España, por dilatados extranjeros climas, y por mares, ya borrascosos, ya tranquilos, me dejó descansar algunos meses; advertí que escedia de ciento el número de mis composiciones. Entonces concebí el deseo de darlas á luz; y le satisfago ahora publicando solamente las que he creído que podian aspirar á engalanarse con los honores de la prensa: pues no seria razon que en los tiempos ilustrados en que todo se imprime, quedasen condenadas ellas solas á la oscuridad en que yacian. Y las publico, soy franco, porque siendo cosa tan fácil el hacerlo, no quiero privarme del gusto de verlas en letras de molde. . . .

Si son malas, en el pecado llevarán la penitencia: si regulares, si no indignas de ser leidas, entretendrán agradablemente, como otros muchos libros, á los que en las horas de ocio busquen un inocente esparcimiento: único lauro que me atreveria á exigir si estuviera en mi mano señalarle el premio.

Sé que las leerán los críticos con la intencion únicamente de encontrar lunares en ellas, de que ninguna obra está libre; sé que dirán muchos que no pasan todas juntas de ser una miserable prosa rimada, y no dudo que agradarán á algunas personas, porque no ha de ser mi libro tan infortunado que disguste á todos los lectores. Convencido, pues, de que esta será la suerte que correrán mis pobres rimas, póngome desde ahora en salvo, repitiendo la misma idea con D. Manuel Breton de los Herreros:—

„Alguno habrá que plácido me lea,
y acaso alguno me destine ingrato
para envolver anis y alcarabea.

Y ¿no seré yo un necio, un mentecato,
si por no ser de todos aplaudido
me atufo, me enfurezco, me arrebato?

Y al lector que prudente, y comedido
de mis versos denuncie los errores,
¿no es justo que le viva agradecido?"—

Diré, por último, que al escribir los míos he tratado de evitar, y creo haberlo conseguido, las metáforas oscuras, las trasposiciones forzadas y violentas, el estilo campanudo y retumbante, que hoy se llama sublime, por mas que á mí me parezca chabacano, y las que admitidas como licencias poéticas, nunca serán en mi concepto mas que verdaderos despropósitos. Habrá alguno que otro ripio en mis composiciones, alguna que otra redundancia, tal cual epíteto mal aplicado; . . . defectos tan inevitables en el momento de la inspiracion, como incorregibles cuando despues que ésta ha pasado, la mas ríjida censura se empeña en hacerlos desaparecer al crisol de la lima mas escrupulosa y sabia.

Pero ¿deberé vanagloriarme de que no se hallará en mis composiciones un pensamiento, ni una sola frase que ofendan á la moral y á la decencia? Sin duda; y esto, ya que no virtud, es por lo menos una recomendacion no indigna de alabanza, que debe redundar en favor de mis versos, hoy que, gracias á la despreocupacion del siglo, son muy raras las producciones del ingenio que no estén salpicadas de imájenes obscenas, de ideas irreligiosas; y en las que la salacidad y la blasfemia no concluyan por coronar escandalosamente la obra.



PRINCIPIO

DEL BIEN Y DEL MAL.

(A mi amigo don Bartolomé José Crespo.)

I.

De Dios la ponderosa
palabra, como el trueno
jirando, resonó en el caos profundo;
y súbito en su sima tenebrosa,
para adorar á Dios, de gloria lleno,
se levantó la máquina del mundo.
¡Todo fué amor y vida! Precursora
del sol brilló la aurora,
y con luz oportuna
despues del rubio sol la blanca luna.
Vistiéronse los campos de alegría,
de fruto y ambrosía;
suavísimos olores
las que el suelo esmaltaran gayas flores,
purpurinas y hermosas,
de su seno exhaláron,
y de fragancia el ámbito colmaron.